



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SE211087

SUPLEMENTO
Vida Nueva

EDITORIAL

Un diálogo que hay que volver a tejer

CHIARA GIACCARDI

Vivimos en un mundo entrópico. Crece el desorden a la par que la fragmentación. La falta de variedad afecta a todos los ámbitos, desde el biológico hasta el de la opinión pública. Todo está desconectado, pero ya no estamos en una sociedad líquida porque la digitalización está reorganizando la sociedad de una manera cada vez más vertical a través de procedimientos rígidos y formas generalizadas de influencia y control. ¿Absorberá el Metaverso el mundo, sin que haya nunca más una existencia fuera de él? ¿Estamos destinados a un universo de signos funcionales y a lo que los grandes intérpretes contemporáneos han llamado “miseria simbólica”?

¡La inmanencia no nos hace más libres, al contrario! Perder la dimensión de lo sagrado, de la trascendencia y del misterio nos empobrece inexorablemente. Sagrado viene de *sacer*, que significa separado. Y el lugar de lo sagrado es el *Templum*, de temno, que significa recortar, marcar una discontinuidad. El gran antropólogo **Mircea Eliade** reconoció la reciprocidad de los términos sagrado/profano que se definen en relación unos con otros, donde lo profano es lo *pro-fanum*, lo que está delante del templo. No dualismo y oposición, por tanto, sino una relación originaria.

Entre los dos espacios hay un umbral, un limen, un pasaje que separa y al mismo tiempo conecta el interior y el exterior: el portal, como nos recuerda el hermoso análisis de **Romano Guardini** sobre el espíritu de la liturgia y los signos sagrados. Cruzar el umbral significa abandonar lo ordinario, cambiar de actitud, de vestimenta, recogerse. Pasar de estar centrado en uno mismo a la receptividad. Predisponerse a una comunión basada en reunirse alrededor de una mesa común. Donde, en palabras de **Pessoa**, “la tierra se amasa con el cielo”. El templo tiene un “ojo”, el óculo, la abertura circular situada en la parte superior de la cúpula para dejar pasar la luz, pero sobre todo para comunicarse con el exterior “vertical”. Un espacio y otro tiempo. El psicoanalista **Jung** subrayó el orden extratemporal de la masa, un “desgarro del velo de la relatividad temporal y espacial que separa el espíritu humano de la visión de lo eterno”. Un tiempo discontinuo señalado por la solemnidad de los gestos, por la lentitud que rompe el frenesí y por las pausas que alejan el ruido de la vida. Entrar en el espacio sagrado, converger en torno a un centro común y estar en comunión horizontal y vertical, son pasos de un proceso transformador que da un nuevo sentido a la vida cotidiana →

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

CONSEJO DE REDACCIÓN

RITANNA ARMENTI
GABRIELLA BOTTANI
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
GRAZIA LOPARCO
MARINELLA PERRONI
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (COORDINADORA)

EN REDACCIÓN

SILVIA GUIDI
VALERIA PENDENZA

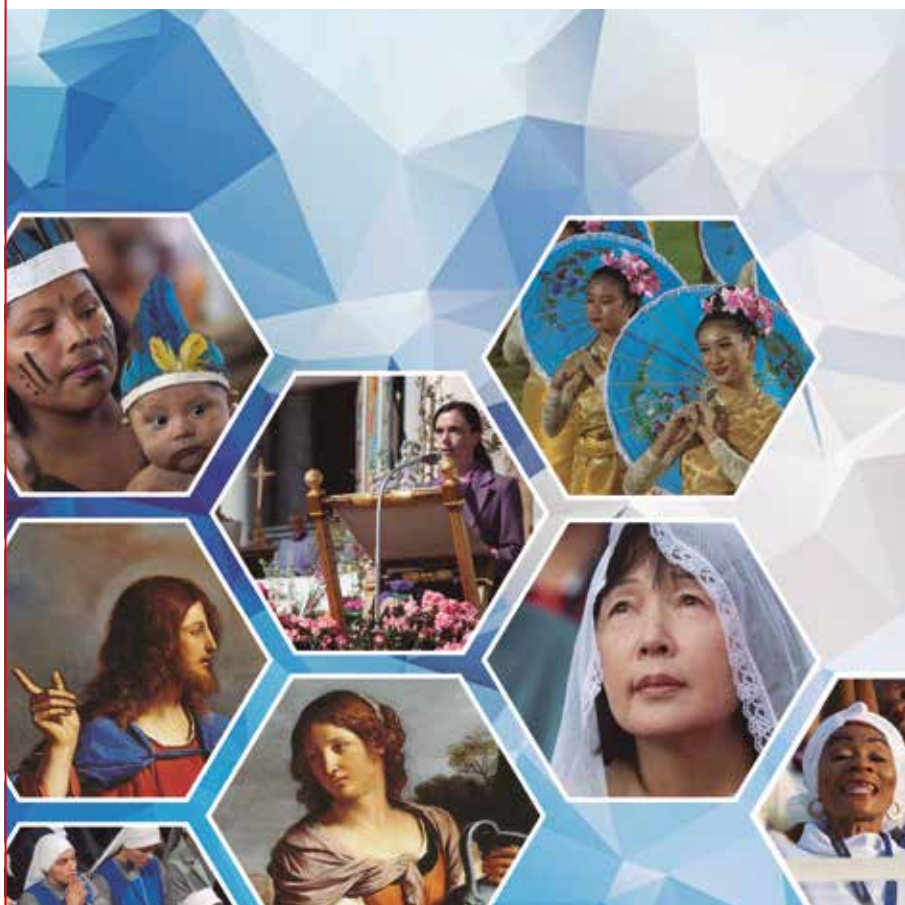
Esta edición especial en castellano (traducción de ÁNGELES CONDE) se distribuye de forma conjunta con VIDA NUEVA y no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

una vez que volvemos a lo ordinario. En la liturgia, la corporalidad tiene un papel central, y el cuerpo está implicado en todas sus dimensiones: perceptiva, postural y motriz. "El hombre que reza es un árbol de gestos", escribió Michel De Certeau. La vista, el olfato con el incienso, el oído con la voz, el canto, las campanas, el sabor del pan y del vino... todas nuestras ventanas perceptivas son despertadas, estimuladas e invitadas. Nos arrodillamos, nos levantamos, nos damos la mano, caminamos por el pasillo para llevar presentes (gesto que en muchas culturas tiene los movimientos y el ritmo de una danza) y para recibir la Eucaristía. De acuerdo con la encarnación, el cuerpo está en el centro, y el cuerpo significa el ser humano completo. Un cuerpo que no necesita prótesis

tecnológicas para entrar en comunión. La liturgia fortalece el vínculo. Como escribe Romano Guardini "el yo de la liturgia es la unión de la comunidad creyente, es algo que trasciende a la simple suma de creyentes individuales". En una época de individualismo extremo, que muestra todo su lado problemático, "la liturgia no dice 'yo', dice 'nosotros'". Liturgia significa literalmente acción popular. Pero la liturgia, tal como la vivimos hoy, ¿sigue siendo capaz de expresarla? Y volviendo a las preguntas iniciales, ¿no sería la liturgia, con su lenguaje simbólico y su concreción de encontrarse, de reconocerse y de abrirse a la trascendencia, un lugar de recomposición, de contraste con la miseria simbólica, de liberación de las presiones de un sistema tecnoeconómico cada vez más persuasivo y poderoso?

El de la liturgia es un lenguaje concreto, que devuelve cuerpo a la abstracción de nuestras vidas cada vez más digitalizadas; y es un lenguaje coral, una experiencia de comunión en un mundo cada vez más individualizado. Quizá por eso también puede ser de ayuda aprender de otras épocas y culturas. El símbolo, el cuerpo, la comunidad. Nuestro tiempo necesita este lenguaje, este otro tiempo y espacio, una discontinuidad que ayuda a unir las piezas de nuestra vida. Pero hoy la liturgia lucha por desempeñar este papel, más precioso que nunca. Y este, junto con otros, es un motivo por el que las iglesias están vacías. Liturgias poco sentidas y poco cuidadas y, sobre todo, con poca atención a los símbolos con demasiado intelectualismo confundido con espiritualidad. Una mirada femenina sobre la liturgia hoy puede ser imprescindible para desintelectualizarla. Guardini escribe que "el espíritu no es conceptual, abstracción. Lo espiritual es concreto". Las mujeres son concretas, en el más alto sentido del término. Quizá por eso la liturgia se esfuerza por hablarles, pero hay que volver a tejer ese diálogo para restituirle concreción al espíritu. Una paradoja que cuenta la verdad del camino cristiano. Un camino que, si recupera la frescura de sus orígenes, tiene mucho que decir en este momento. "En un mundo cada vez más abstracto, el católico está del lado de la concreción de la vida humana hecha de alegrías y tristezas, éxitos y fracasos, victorias y derrotas, de fuerza y de debilidad, de centralidad y marginalidad y de vida y muerte", aseguraba Guardini.





Necesitamos otras voces

Los jóvenes reivindican una liturgia familiar y acogedora

ALICE BIANCHI

Tener menos de 30 años no me da derecho a hablar en nombre de toda una generación de jóvenes. Entre nosotros hay diferentes formas de vivir todo, incluida la liturgia. Sin embargo, hay una experiencia del mundo que es común a personas de más o menos la misma edad: hechos históricos, referencias culturales y mecanismos relacionales. La actual generación de veinteañeras en Italia se reconoce en ser nativas digitales, hijas de Europa y del mundo, víctimas de la soledad del covid en los años de su formación o víctimas de la crisis climática. Puede parecer que estas coordenadas poco tienen que ver con la relación entre los jóvenes y la liturgia. En cambio, la liturgia es el lugar donde el mundo se presenta ante Dios si bien depende de la relación de sus sujetos con el entorno que los rodea.

Es ingenuo hablar de una desafección de los jóvenes hacia los ritos, que por definición son repetitivos/estables, sin tener en cuenta que la nuestra es una generación acostumbrada a la inestabilidad y desilusionada respecto al futuro. No quiere decir que necesitemos un rito no ritual, sin fórmulas ni referencias a la esperanza, sino un rito regenerador, un espacio familiar (estable) donde recuperar algo de fe en la vida. Muchos jóvenes de hoy hacen psicoterapia, o meditación, o en el ámbito cristiano redescubren las vigiliias de adora-

ción, expresando por todos estos lugares el deseo de bienestar y de paz. Tal vez solo estamos buscando una liturgia que sea para nosotros, en la que no seamos manos de animación o un objetivo publicitario. **Stella Morra** y **Marco Ronconi** lo llaman “la dimensión terapéutico-compensatoria de la experiencia religiosa”, es decir, la garantía de que la liturgia no es “un compromiso más en la agenda sino un suspiro de alivio del desorden diario, reparadora y, por lo tanto, deseable.

Salvar la comunidad

Para quienes forman parte permanentemente de una comunidad cristiana, este aspecto de la liturgia es raro: siempre hay algo que hacer o hacer hacer. Falta espontaneidad, todo se asigna primero a unos pocos elegidos, como en un espectáculo entre bastidores. No debemos tener miedo del silencio que precede a una lectura o a una oración a la espera de que alguien proponga. Es necesario generar, entre las palabras rituales, otro tipo de voces: abrir la predicación a laicos y laicas competentes en una pluralidad que haga también del comentario de la Palabra un lugar de respiración y reconocimiento de la realidad. Que sea un lugar donde descansar, donde la gente no pida permiso, y donde hasta los jóvenes puedan sentirse adultos por su dignidad bautismal porque esa es su casa.

En cada comunidad la liturgia cambia de norte a sur o de ciudad a pueblo, el rito

se hace familiar para quienes lo practican y asisten. Para nosotros los jóvenes que somos a menudo nómadas, es fácil sentirse extraños y, por eso, enseguida nos damos cuenta de que para demostrar afecto a nuestras comunidades debemos renunciar a marcharnos. Hay un cortocircuito entre la movilidad (estudio o trabajo) y la atención comunitaria: o crecemos profesionalmente o crecemos en una parroquia. Así, la liturgia, en lugar de ser el momento en que la comunidad se reúne, se convierte en el momento en que se dispersa: el fuera de lugar en Milán, el trabajador de fin de semana, el joven que se ha refugiado en Taizé o el turista en Roma, son miembros de las mismas comunidades de origen que se encuentran huéspedes anónimos en otras tantas comunidades.

Deberíamos atender esta inestabilidad, o más bien notar el carisma que existe en ser un huésped cristiano, que es la condición más común no solo para los jóvenes, sino también para algunas figuras profesionales nómadas (no menos importante, la de teólogos y teólogas). Un invitado conoce más realidades, por lo tanto, es capaz de tejer relaciones y enriquecer el rito. Cuando regresa a su comunidad, también se encontrará en casa.

Aunque no es seguro que este retorno siempre sea posible. Pronto en muchas iglesias ya no habrá personas estables que respondan por nosotros los inestables. Entonces se necesitarán comunidades basadas en relaciones y no en lugares. Los jóvenes ya trabajamos así, nos apoyamos en redes flexibles y soluciones creativas como rezar por teléfono o quedar para tomar un café antes o después de las celebraciones, para mantener un poco de familiaridad. Dos o tres personas amigas que representan a sus diferentes comunidades de origen, porque si somos invitadas, al menos no somos invitadas solas. Podemos aportar todo nuestra potencialidad a la comunidad que nos acoge.

Los veinteañeros de hoy, entre estrategias y esfuerzos, exhortan hoy a toda la Iglesia a hacer un intento por salvar a la comunidad. En la liturgia, presentamos ante Dios un mundo demasiado individualista y eficientista que la liturgia misma corre el riesgo de fomentar. En cambio, debe ser el espacio de fraternidad y sororidad que falta en otros lugares. Un espacio de descanso espontáneo, donde emerge la complejidad y la pluralidad de experiencias para mujeres, hombres, hijas, estudiantes, pobres, trabajadores, nómadas, adultos y jóvenes.

Qué tipo de liturgia

Una teóloga plantea qué ocurriría si las mujeres subieran al altar

CETTINA MILITELLO

En una de mis últimas conversaciones con **Silvano Maggiani**, un conocido liturgista italiano fallecido hace dos años, tuve que confesarle mi malestar por participar en la liturgia. Le dije que todo me parecía falso: los gestos, las palabras, las vestiduras... “Si miro alrededor veo gente aburrida, cada vez menos y presente solo por costumbre. En fin, ninguna alegría ninguna comunidad, nada que realmente conmueva a los presentes, incluido el celebrante, tampoco convencidos y convincentes”. Se lo dije con dolor. Me respondió que ese malestar también era suyo. Mi coetáneo había vivido el inicio de la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II, los años de experimentación y entusiasmo, en el signo de la noble sencillez a la que se restablecían los ritos y en el signo de la participación activa y creativa del pueblo de Dios en la sinfonía activa de sus carismas-ministerios.

Han pasado casi 60 años desde la promulgación de *Sacrosanctum Concilium*, la carta magna de la reforma litúrgica y, mirando a su alrededor, uno comprende cómo ese punto de inflexión, ese esfuerzo, no fue suficiente, aunque solo fuera porque todo está en perpetuo movimiento y requiere una adaptación constante y flexible. Por no hablar de los nostálgicos del rito antiguo. Sí, la celebración litúrgica hoy constituye un problema grande, muy grande. Y uno de sus nodos son las mujeres. Se evidencia una distonía de “género”.

Su participación nunca ha sido fácil. Habiendo dejado la *ekklesia kat' oikon*, la Iglesia en los hogares, donde quizás también presidían la Cena del Señor, la mayoría de las veces fueron empujadas de regreso a un limbo de no participación, como el resto de los laicos. **Agustín** narra la separación de hombres y mujeres en el interior de la nave y la justifica a partir de la mezcla de voces masculinas y femeninas. Sin embargo, **Crisóstomo** dice que antes no era así y lamenta el haber tomado distancia del estilo de las comunidades más antiguas. El vínculo entre la mujer y la oración no se rompe ya que la vida común, primero informal y luego institucionalizada en comunidades,

las elogia. Su tarea es la santificación del tiempo y gracias a esta tarea “litúrgica” están obligadas a saber leer y escribir. Esto dará lugar a una teología femenina en la que destacan religiosas ilustres.

Así, por ejemplo, en la paz del monasterio de la Santa Cruz, la diaconisa **Radegonda** encarga a **Venanzio Fortunato** que escriba el himno que todavía cantamos el Viernes Santo. Y más adelante, con ingeniosa creatividad, la gran **Hildegarda** escribió los servicios, textos y música para su monasterio. También de Oriente provienen ejemplos de creatividad litúrgica monástica. El himno cantado hasta el día de hoy en el rito bizantino del Miércoles

Santo se atribuye a **Cassia**, la esposa deseada por el emperador **Teófilo**...

Esta inventiva y esta función orante, la misma que aún hoy encomienda el libro de la Liturgia de las Horas a las monjas en el contexto del Rito de la profesión, no tiene contrapartida en el ejercicio de un ministerio litúrgico femenino. Sin embargo, especialmente en Oriente, sí ha habido diaconisas. Su principal función, la misma que más tarde determinaría su decadencia, era la unción de las mujeres en el bautismo. E hicieron otras muchas cosas. Y aunque no tenemos pruebas irrefutables de su ministerio, sí sabemos que formaban parte del clero. Ha quedado un



leve rastro de su servicio en las fórmulas relativas a la profesión religiosa y monástica y en el privilegio de las abadesas de cantar/proclamar el Evangelio en el contexto de su comunidad.

En nuestros días de todo esto no queda nada. Aunque la percepción y condición de las mujeres en la Iglesia ha cambiado considerablemente, en relación con la liturgia siguen teniendo un rol marginal. Solo los varones la presiden, excepto en el caso de celebración dominical en ausencia de sacerdote. Recientemente, las mujeres han sido admitidas a los ministerios de lectora y acólita, es decir, para proclamar las lecturas y servir en el altar. Tareas de las que durante mucho tiempo han sido excluidas por su género, consideradas no aptas para un ministerio litúrgico. No es casualidad que, en las disposiciones relativas a la música sacra, **Pío X** a principios del siglo XX, las privara del canto, considerándolo un ministerio.

Lenguaje rancio

En todo caso, sería reduccionista atribuir el malestar únicamente a la ausencia ministerial de las mujeres. El problema les afecta desde el punto de vista del lenguaje. El conjunto de oraciones, enraizado en un rancio patriarcado, reproduce sus estereotipos culturales. Si se presta atención a la declinación de Dios “padre” se notará cómo ha de ser invocado/evocado por el pater familias de antaño, sucedáneo del *pater deorum*. Lo mismo vale para el adjetivo de Dios, para el aura sacra que lo envuelve... Muy poco queda de Aquel a quien **Jesús de Nazaret** invocó como *abba*, papá, derribando toda jerarquía patriarcal. Y el recuerdo de los santos también es un problema porque, a excepción de las mártires, va ligado a los estereotipos de género. Y los temas del sacrificio, la satisfacción, el pecado, las jerarquías de género son aún más difíciles y remotas. Creo que para la mayoría de la gente el lenguaje de nuestras liturgias es como poco ajeno. La rotura con los lugares tradicionales de transmisión de la fe ha hecho incomprensibles las antiguas y bellas metáforas... ¡Necesitamos al menos un traductor! Por no hablar de las homilías, también lejanas, que se afanan desesperadamente por destacar y señalar, en lugar de ir encaminadas a ofrecer la clave del rito celebrado.

Permítanme ser clara, el ritual está inscrito en nuestra estructura antropológica. Y, de hecho, celebramos una infinidad de ritos seculares. Incluso hablamos de ‘la liturgia de estadio’. Por tanto, el rito no

está en cuestión. El verbo celebrar implica la repetición de una acción y *leithurgia* compuesta de *laos* (gente) y *urghia* (acción). Así, debe ser una acción que implique a todo el pueblo de Dios, hombres y mujeres, que luego adoran al Padre por Cristo y en el Espíritu. Fuera de nuestro ambiente, ¿quién entendería de qué estoy hablando? Nuestras iglesias se están vaciando, ni mujeres de mediana edad ni jóvenes asisten a ellas, seguramente por esa fractura que nos ha hecho perder el código de reconocimiento y de la Iglesia edificante y de piedras vivas que somos.

De hecho, un solo nombre vincula el edificio y el misterio. Estrictamente hablando, el edificio mismo debería proporcionar el código señal del misterio: el altar es Cristo, el ambón es el monumento de la resurrección y el baptisterio es el lugar del renacimiento. Nos hacemos cristianos en la sinergia de la Palabra y el Espíritu, del Agua y el Espíritu; y el lugar conmemorativo de este logro es el Altar, una mesa preparada para compartir el Cuerpo y la Sangre del Señor. En definitiva, estamos invitados a un banquete festivo que exige conocimiento y cuidado recíprocos, compartir alegrías y esperanzas. Y, como en cualquier fiesta verdaderamente auténtica, todos deben aportar su don para el crecimiento de los demás. En cambio, nos escondemos detrás de palabras incomprensibles y usamos vestimentas anticuadas, ridículas en ciertos detalles. En lugar de protagonistas somos espectadores, usuarios pasivos, a quienes también se les ofrece el pan sazonado, porque no solo no participamos del cáliz, sino ni siquiera del pan partido en esa celebración.

Nadie se da cuenta de la conexión que existe entre los sujetos que se reúnen y los ministerios que ejercen fuera de la liturgia. Y la misma ministerialidad compuesta por diferentes acciones (escuchar, responder, aclamar, levantarse, sentarse, proceder en procesión...) parece una rutina y no un ejercicio del sacerdocio común. Añádase a esto, –y el discurso va mucho más allá de la punta del iceberg de la insatisfacción femenina–, el estallido de la pandemia, el

reclamo clerical de celebrar en ausencia del pueblo, la horrorosa exposición mediática de misas vacías, descaradamente teatralizadas. Y, para continuar, la idea de que al final ni siquiera hace falta la presencia física: se puede participar de la Eucaristía, aunque sea a distancia, tal vez recitando la horrible fórmula de la comunión espiritual...

Realmente la liturgia es “la Iglesia en construcción”, como decía **Crispino Valenziano**, durante muchos años profesor en el Pontificio Instituto Litúrgico Sant’Anselmo de Roma. Realmente necesitamos intervenir en “la reforma de la reforma”, como decía **Adrien Nocent**, religioso belga experto en liturgia que trabajó desde el principio en la preparación e implementación de la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II. Necesitamos reinventar la liturgia y dar cabida a una nueva creatividad y subjetividad. Quizás, solo si quisiéramos, incluso las llamadas liturgias feministas podrían sugerirnos unas señales distintas que no necesitan interpretación.

Después de todo, el “en memoria mía” selló la última cena del Señor. E incluso



El 7 de marzo de 1965, Pablo VI celebró la primera misa en italiano en la parroquia de Todos los Santos de Roma. Supuso uno de los más grandes cambios en la iglesia moderna, se comenzó a dirigir a la gente con las palabras de la gente. En el Ángelus el Papa repitió que “este domingo marca una fecha memorable, porque el lenguaje hablado entra oficialmente en el culto litúrgico”

antes selló, en femenino, el gesto de la unción de la mujer sin nombre, ¡gestos y eventos realizados en la intimidad eclesiológica de una casa! Lo necesitamos y necesitamos los perfumes y, por lo tanto, los olores, los gustos, la vista, el oído y el tacto. Nuestras liturgias deben expresar una vez más la corporalidad de la salvación. Somos el cuerpo de Cristo y esto no es una metáfora.

El modelo de Emaús

El relato de Lucas se presenta como un manual de catequesis

MARINELLA PERRONI

La larga página del Evangelio de Lucas que relata la experiencia de los discípulos de Emaús (24,13-35) es paradigmática. No narra un episodio, sino que propone un modelo. Con la historia de los dos discípulos de Jesús, que experimentan el paso de la experiencia de la crucifixión y muerte de su maestro a la fe en su resurrección, **Lucas** perfila de manera decisiva y definitiva el manifiesto de la catequesis cristiana y llama a la perseverancia para vivir los puntos cardinales de la fe. Fe eclesial, es decir, que se pueda vivir y experimentar como fe compartida y celebrada. Lucas lo escribe en un momento en que la expectativa de la parusía se ha vuelto menos apremiante. Es el tiempo intermedio entre la Resurrección y la segunda venida en el que progresivamente la vida de las comunidades se va configurando cada vez más y mejor y la experiencia de la sacramentalidad se hace cada vez más decisiva. Porque el Espíritu del Resucitado da sentido y eficacia a las palabras y los gestos que los cristianos cumplen durante la liturgia y encuentros. El evangelista vive un tiempo en el que la celebración litúrgica, en particular la del

partir el pan, se ha convertido en el espacio en el que es posible encontrarse con “el que está vivo”, como los ángeles habían prometido a las mujeres en la mañana de Pascua (Lucas 24,5).

Solo es posible comprenderlo si se accede a entrar en la lógica de la paradoja, es decir, si se llega a ir más allá de lo que se ve para ver lo que no se ve. Es la lógica que preside la experiencia litúrgica. En el relato de Lucas, los elementos clave de la predicación apostólica se despliegan como progresivamente lo que permite a dos discípulos de Jesús “adaptar la mirada” para que la imagen de Jesús y la del Resucitado lleguen a superponerse y coincidir.

Celebración

Sin embargo, no podemos olvidar que según la tradición cristiana no puede haber liturgia, –celebración de una realidad, es decir, la presencia del Resucitado, a través de su expresión simbólica–, sin la aportación de la palabra, una palabra que se expresa en toda su versatilidad como anuncio, como enseñanza o como oración de alabanza o de petición. Por eso, el vínculo entre la Biblia y la liturgia es tan estrecho: los escritos del Nuevo Testamento nacieron y se transmitieron en el



seno de las celebraciones de las primeras iglesias cristianas y aún hoy, después de dos mil años, no existe –o no debería haber–, un rito auténticamente cristiano que no hunda sus raíces en la proclamación o lectura de aquella Escritura venerada como Palabra de Dios. Solo puede ser motivo de dolor constatar que la separación entre las iglesias que ha desgarrado a la única Iglesia de Cristo pasa por la ruptura de este vínculo originario entre palabra y símbolo, nunca más recíprocos sino opuestos.

Esa página del Evangelio de Lucas está ahí para recordar a nuestras iglesias que el Resucitado se hace reconocible a todas las generaciones de discípulos solo gracias

Lucas 24, 13-35

Aquel mismo día, dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: “¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?”. Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?». Él les dijo: «¿Qué?».

Ellos le contestaron: “Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos

de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron”. Entonces él les dijo: “¿Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?”. Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo: “Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída”. Y entró para quedarse con

ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: “¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?”. Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: “Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón”. Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.



El himno de Kassia

La compositora bizantina se canta el Miércoles Santo

Cassia (**Kassia**, **Eikasia** o **Kassiani**) fue una aristócrata bizantina, abadesa, poetisa y compositora. Es la única cuyos textos siguen presentes en la liturgia ortodoxa de hoy en día. Su himno de Kassiani se canta durante el Miércoles santo.

Corría el siglo IX, en Constantinopla. Una bella y brillante joven que sabe leer y escribir y ha recibido una excelente educación, participa en el desfile de jóvenes entre las que el emperador bizantino **Teófilo** tiene que elegir a su esposa, entregándole a la elegida una manzana de oro. Atraído por la belleza de Cassia, el joven **Basileos** se acerca a ella y le dice: “A través de una mujer se destilan las pasiones más viles” (refiriéndose al pecado original de **Eva**). Cassia responde: “Pero a través de una mujer vienen las mejores cosas” (refiriéndose al nacimiento de **Jesús**). Por orgullo, Teófilo elige a otra, **Teodora**. Cassia funda un monasterio cerca del cristiano de Studios, el más importante del imperio que juega un papel central en la reedición de la liturgia bizantina entre los siglos IX y X y que conserva sus obras: unos cincuenta himnos, de los cuales veintitrés forman parte de la liturgia de la Iglesia Ortodoxa, y 261 versos de carácter profano, entre ellos numerosos epigramas y aforismos.

El himno de Kassiani describe la sensación de la mujer pecadora en el momento en que se arrodilla delante de Jesús y besa sus pies. Compara este pasaje a la caída en desgracia de **Adán** y **Eva**.



Percibiendo tu divinidad, Señor, una mujer con muchos pecados, los lleva consigo para convertirse en portadora de mirra, y en el llanto te ofrece aceite perfumado como presagio de tu sepultura; ¡Qué será de mí! Que la noche caiga sobre mí, qué deseo loco, oscuro y sin luna, esta avaricia por el pecado. Toma mi llanto Tú, que sacas agua de las nubes, inclínate sobre mí al suspiro de mi corazón, Tú, que sometes los cielos en el secreto de tu encarnación. Bañaré tus pies inmaculados con besos y los secaré con los mechones de mis cabellos; los mismos pies cuyo paso escuchó Eva al atardecer en el Paraíso cuando se escondió presa del pánico. ¿Quién contará la multitud de mis pecados o la profundidad de tu juicio, Salvador de mi alma? No te olvides de tu sierva, Tú, cuya misericordia es infinita.

a la experiencia de la sacramentalidad: el Espíritu del Resucitado da sentido y, sobre todo, eficacia a las palabras y a los gestos que los cristianos realizan en la liturgia y permite así transformar la ausencia del **Jesús** terrenal en una nueva forma de presencia. Imaginario, para los que no creen, experiencia de otra forma de realidad para los que creen.

La polaridad Palabra-Eucaristía recibe gran fuerza de la historia de Emaús. Lucas subraya con fuerza que, para no dejar el símbolo en la arbitrariedad y no condenarlo a la insignificancia, la referencia a las Escrituras debe ser a “todas” las Escrituras y debe ser una referencia “sistemática”, es decir, capaz de asumirlas en su diversidad y en su historicidad y captar su tensión común hacia el cumplimiento definitivo en la vivencia del Mesías de la intervención divina en la historia humana, creación última y definitiva.

Solo así la fe pascual no resulta reducida a una explosión entusiasta, una experiencia extática o una reflexión filosófico-religiosa.



Pero solo así se hace posible el acceso al misterio celebrado en el signo eucarístico, en el gesto del pan partido y compartido. Porque el conocimiento del Dios bíblico hace arder el corazón y abre los ojos (Lc 24,32). No en un sentido emocional o sentimental. No en el evento fulminante, sino la lenta pedagogía que conduce, —cuando palabra y signo se abren por fin y la fuerza de la Palabra hace transparente el signo—, a reconocer la presencia de aquel que no debe buscarse entre los muertos porque está vivo. Después de todo, para los cristianos la liturgia es el lugar donde se aprenden las palabras para pensar en la

resurrección y hablar de la resurrección. Y no se trata de una religiosidad emotiva porque requiere el conocimiento de todas las Escrituras de Israel, porque solo a partir de **Moisés** y de los Profetas se puede comprender a Jesús y su Evangelio y porque solo la Escritura educa a entrar en la lógica de los signos como revelación del Dios que se hace presente.

Lucas sabe muy bien que sin catequesis bíblica y sin celebración sacramental, el Resucitado no es más que ensoñación, imaginación e ilusión y la fe cristiana se traduce en una de las tantas formas de abuso de la credulidad popular.



La fuga de las cuarentañeras

ELENA MASSIMI

Hace unos diez años salió a la luz un texto con bastante enjundia del teólogo **Armando Matteo** titulado *La fuga de las cuarentañeras. La difícil relación de la mujer con la Iglesia*, en el que se destacaba cómo las mujeres nacidas después de 1970, pero aún más las de después de 1981, manifestaban una evidente extrañeza y desafección con el universo religioso católico. “Nos encontramos ante una generación de mujeres que comienza a romper una alianza centenaria que ha beneficiado a ambas partes, pero que ahora pide ser renegociada en el frente eclesial”, escribía el reconocido teólogo. Es obvio que el cambio de la condición femenina del siglo pasado, sobre todo después de 1968, entra en juego en la relación mujer-Iglesia.

La escritora **Michela Murgia** no teme indicar cómo en el imaginario católico la mujer virtuosa se caracteriza por el acatamiento, la obediencia, la discreción extrema... y cómo esta visión se confirma a través de determinada relectura de la figura de **María de Nazaret**. Asegura: “Nada como la Escritura para revelarnos cuán falsa es la idea de María, a quien quieren hacernos creer dócil y mansa, modelo perfecto de todas las mujercitas buenas” (*Ave Mary, Einaudi*). Y añade: “Si la Iglesia no inventó la subordinación entre los sexos, optó por legitimarla espiritualmente”.

¿Cómo puede una joven de hoy, más preparada que en el pasado, identificarse con tal imaginario? ¿Cómo mantener una relación con las comunidades eclesiales

cuando es difícil identificar caminos para impulsar la contribución de las mujeres en los procesos de toma de decisiones? Es “obvio” que las iglesias vacías que nos ha dejado la pandemia ahora siguen prácticamente así, con algunos pocos hombres, niños y escasas mujeres. En este contexto, cabe señalar cómo las cuarentañeras de hoy no solo demuestran una desafección hacia los rituales, sino también hacia la doctrina eclesial. El distanciamiento de la liturgia es la manifestación externa del distanciamiento de la Iglesia. Centremos ahora nuestra atención en la celebración cristiana, tratando de resaltar en el marco expuesto algunas de las causas que han llevado, y siguen llevando, a la expulsión de muchos fieles de la liturgia, no solo mujeres, sino también hombres.

Cansados del lenguaje litúrgico

Parece que hoy el gesto litúrgico ya no es significativo, ya no habla a los fieles. Se multiplican las celebraciones caracterizadas por el aburrimiento. ¿Todo esto sucede porque no sabemos cómo “poner en funcionamiento la liturgia”? ¿O porque en las últimas décadas ha faltado una adecuada formación litúrgica? ¿O hay algo más de fondo? **Romano Guardini**, por ejemplo, en su Carta sobre el acto de culto (1964.) señala cómo el hombre contemporáneo ha perdido su “capacidad simbólica”, ya no es capaz de vivir el “lenguaje simbólico ritual” de la liturgia. Seguramente las dificultades actuales de la celebración cristiana se remontan a una multiplicidad de causas, internas y externas a la liturgia. Tratemos de identificar algunas.

En la Síntesis Italiana de la fase diocesana del camino sinodal leemos: “Ante las ‘liturgias aburridas’ o reducidas al espectáculo, se siente la necesidad de devolver la sobriedad y el decoro a la liturgia para redescubrir toda su belleza y experiencia como mistagogía [...]”. Con frecuencia, las acciones litúrgicas en las que participamos son descuidadas y, por ello, nos resulta realmente difícil tener una experiencia profunda del Misterio. Cánticos inadecuados, ambiente descuidado, comentarios inoportunos, gestos torpes, ausencia de silencio orante... ¿cómo se puede rezar así? La liturgia se compone de los lenguajes del arte. En la acción litúrgica los diferentes códigos se implementan de manera similar a la artística, manteniendo la necesaria diferenciación simbólica de su uso en la vida cotidiana, para no perder la capacidad de abrirse a la experiencia del Misterio.

En la liturgia es fundamental no solo la modalidad de aplicación de los distintos lenguajes, sino la relación entre ellos. En la celebración cristiana, los lenguajes han de encontrar una armonía y equilibrio, sin modificaciones o cambios personalistas. El canto, la palabra, el gesto, las luces, los olores... se deben armonizar, “amplificarse” y apoyarse mutuamente en la noble simplicidad conciliar (como dice la *Sacrosanctum Concilium*, la constitución sobre la sagrada liturgia, una de las cuatro conciliares del Concilio Vaticano II). Salvo raras excepciones, no hemos reservado tal atención a la liturgia o, mejor dicho, no hemos sido conscientes de sus dinamismos y quizás ni siquiera de su carácter de acción ritual simbólica.



La presidenta de los profesores de liturgia alerta de un alejamiento de los ritos

El problema del lenguaje litúrgico es aún más complejo. Deberíamos preguntarnos cómo declinar la liturgia en el contexto contemporáneo que parece haber perdido ese universo simbólico en el que la liturgia cobraba sentido. Además, cada celebración tiene lugar en un tiempo específico, en un lugar específico y en una cultura. Es necesario considerar cómo el hombre contemporáneo experimenta el tiempo, el espacio y el cuerpo. El confinamiento de la pandemia, junto con las relaciones digitales que lo caracterizaron, ha llevado a una desmaterialización de las relaciones. La pregunta es cómo armonizar todo esto con el ritmo lento y “rico en memoria” de la liturgia; con la celebración de hoy que recrea el evento de salvación que tuvo lugar en el pasado y anticipa la liturgia celestial; cómo conciliar el tiempo puntual, acelerado y fragmentado que vive el hombre, con el tiempo “lento y transfigurado” de la liturgia que se abre al misterio. Se hace necesario un trabajo serio de inculturación.

Imágenes de la Iglesia

La celebración concreta manifiesta el rostro de la Iglesia. Debemos preguntarnos qué imagen de la Iglesia emerge hoy de nuestras celebraciones. Si nos referimos al tiempo previo a la pandemia, son interesantes las declaraciones de los jóvenes recogidas en el *Instrumentum Laboris* de la XV Asamblea General Ordinaria del

Sínodo de los Obispos (3-28 de octubre de 2018) - Jóvenes, fe y discernimiento vocacional. En el número 69 se puede leer: “Muchas veces vuelve el tema de la liturgia, que quisieran que fuera viva y cercana, mientras que a menudo no permite una experiencia de sentido de comunidad o de familia como Cuerpo de Cristo [...]. Muchas respuestas al cuestionario indican que los jóvenes son sensibles a la calidad de la liturgia. De manera provocadora, la Reunión Presinodal indicó que ‘los cristianos profesan un Dios vivo, pero a pesar de ello encontramos celebraciones y comunidades que parecen muertas’”.

¿Cómo revivir estas comunidades definidas como muertas y poco familiares? Quizás con un sano realismo deberíamos empezar por la calidad de nuestras relaciones, en busca de relaciones significativas y auténticas. ¿Cómo podemos celebrar juntos si no nos conocemos, si no compartimos la vida cristiana más allá de la liturgia? No puede haber comunión con Dios en la celebración sin compartir la caridad con los hermanos y hermanas. Al mismo tiempo es importante buscar espacios concretos de responsabilidad eclesial, en “un estilo sinodal en el que las decisiones se toman conjuntamente, a partir de la aportación de cada uno a la comprensión de la voz del Espíritu, en clave de discernimiento y no de democracia representativa” (Síntesis Italiana de la fase diocesana del camino sinodal).

Sin duda, valorar un poco más los ministerios constituidos con el *motu proprio* de Francesco Spicciardi del 10 de enero de 2021 podría sostener esa búsqueda y ofrecer una imagen diferente de la Iglesia. La asamblea celebrante concreta, en la diversificación de los ministerios litúrgicos, es signo de los dones y carismas que el Espíritu suscita en la comunidad eclesial y al servicio de la misma comunidad. Pero, ¿es suficiente todo esto para que la cuarentena contemporánea se reencuentre con la Iglesia y, en consecuencia, con la liturgia?

La participación cada vez menor del pueblo de Dios en la liturgia se debe

también a algunas carencias relativas a la formación litúrgica. Entre estas, quizás la más evidente viene dada por una idea de formación litúrgica equivalente a la simple explicación. La liturgia no es un pensamiento, sino una acción, y por eso requiere de una iniciación larga y gradual, capaz de implicar todas las dimensiones del ser humano. De hecho, los jóvenes no se forman en la liturgia solo a través de las explicaciones, sino que necesitan experiencias de oración que creen un lenguaje intermedio. La liturgia es el punto de llegada, no de partida, por lo que prevé toda una serie de acciones que la preceden. No hay que olvidar que se aprende a celebrar “celebrando bien día tras día”.

Ausencia de iniciación

Sobre la formación litúrgica habría muchas cosas que decir, pero quizás sea oportuno preguntarse quién puede realizar tal labor formativa. En virtud de lo propuesto por *Sacrosanctum Concilium*, se habla de la formación litúrgica de los sacerdotes, de cómo deben formarse en el *ars celebrandi* o de los posibles caminos de iniciación a la liturgia en los seminarios. Pero, dada la contribución significativa de muchas mujeres laicas y muchas religiosas desde el período posconciliar hasta hoy en la catequesis, en la pastoral juvenil, en el acompañamiento de los adolescentes o en las escuelas católicas, es legítimo preguntarnos qué formación teológica, y por tanto litúrgica, han recibido.

Especialmente las mujeres religiosas. Si a todas se les hubiera ofrecido la posibilidad de acceder a cursos de Teología, podrían haber ofrecido una formación cristiana, y por tanto litúrgica, más competente a niños, adolescentes y jóvenes. Y nos preguntamos de cara al futuro, ¿no sería oportuno invertir seriamente en la formación tanto de las religiosas como de los laicos, estableciendo una *ratio studiorum* como para los sacerdotes? De lo contrario, ¿cómo podrán afrontar los desafíos actuales que plantea la evangelización, y entre ellos, la liturgia?



“La misa es encuentro”

Sor Rita Mboshu analiza la inculturación del rito congoleño

CRISTINA SIMONELLI

Cuando suben al altar junto al sacerdote, cuando invocan a los antepasados y ancestros al inicio de la liturgia y cuando bailan y cantan y al final de la misa rezan a **María**, así las mujeres congoleñas expresan su vida en la oración. Recordando una historia que comienza antes de la llegada de los misioneros cristianos. Se expresa a través de “una celebración gozosa, un verdadero lugar de encuentro con **Jesús**”. Con estas palabras, en el libro *El Papa Francisco y el Misal Romano para la diócesis de Zaire*, el Papa define el rito congoleño como el primer ejemplo de inculturación de la liturgia para otras culturas.

“Esta petición provenía del interior del pueblo congoleño que sentía la necesidad de orar a Dios según la naturaleza particular de su cultura. Cuando los congoleños fueron evangelizados, rezaban y cantaban en latín o en francés, pero no se sentían a gusto y, por eso, no rezaban bien, porque ni siquiera entendían lo que decían”, asegura sor **Rita Mboshu Kongo** la editora del volumen publicado por la Lev. Tiene 57 años, es originaria de la República Democrática del Congo, es miembro de la Congregación de las Hijas de María

Santísima Corredentora y es profesora de Teología espiritual y formación para la vida consagrada en la Universidad Pontificia Urbaniana. El rito congoleño, explica, “viene de un largo camino de diálogo entre la Conferencia Episcopal Nacional del Congo y la Santa Sede, y fue el fruto maravilloso de un compromiso constante. Con este espíritu de diálogo se llegó a la conclusión de que el Misal Romano para la diócesis de Zaire es obra de una Iglesia local en comunión con la Iglesia universal”.

Tradición matrilineal

La biografía de Rita ayuda a comprender cómo la celebración eucarística se convierte en síntesis y memoria de toda una vida. Rezar para redescubrir los derechos de las mujeres y religiosas africanas y trabajar para que las jóvenes adquieran conciencia de su propia fuerza forma parte de un todo junto con el papel de líder espiritual que su clan, el Kete, de tradición matrilineal, les reconoce; con las oraciones a la abuela que ella recita a diario; con una vida espiritual que tiene sus raíces en las religiones tradicionales de África y su fuerza teológica en sus estudios en el Instituto San Tommaso di Messina y en el Teresianum de Roma, donde obtuvo la licenciatura en teología espiritual.



Es difícil encontrar un hueco en los días de sor Rita, quien también es presidenta de la Fondation Pape François pour l'Afrique, en Kinshasa, nacida con el objetivo de responder al llamamiento de **Francisco** de fomentar una formación permanente e integral, centrada en la ecología, atenta a la familia, a los jóvenes, a los huérfanos, a los pobres y a las víctimas de numerosas formas de violencia, sobre todo, las mujeres. La liturgia sigue siendo fundamental en los estudios de Rita quien, sobre la misa en rito congoleño asegura: “Era una necesidad nacida de los congoleños, tanto que nuestro cardenal Malula comenzó a traducir los cantos a la lengua congoleña, al lingala. Participó en el Concilio Vaticano

“En Etiopía se transformó mi fe”

Una misionera comparte su encuentro transformador en África

Cómo misionera estoy acostumbrada a pensar que marcharse a otro país, a otra cultura y a otra realidad es una experiencia que consiste en dar y recibir, un enriquecimiento de uno mismo a la vez que un don de uno mismo. Nunca pensé que la experiencia en Etiopía hubiera tocado tan profundamente mi fe y mi visión del mundo. Mi encuentro con el mundo religioso de Etiopía y con su tradición cristiana nació de la necesidad de comprender a la gente y la realidad que me rodeaba. Porque la experiencia de fe está pro-

fundamente arraigada en la vida cotidiana de los etíopes. Comencé a asistir a iglesias ortodoxas y a descubrir una forma diferente de creer, celebrar y vivir la fe en Jesucristo. Etiopía es un país de mayoría cristiana, con alrededor del 45% de los habitantes pertenecientes a la Iglesia Ortodoxa Oriental Tewahedo, que significa unitaria. Es una Iglesia antigua que se remonta en sus orígenes a la predicación de **Frumencio**, un joven que llegó a la costa del reino de Axum tras un naufragio. Ha estado vinculada durante siglos a la Iglesia copta egipcia

de la que extrajo sus fuentes litúrgicas que evolucionaron hasta convertirse en la primera liturgia auténtica y puramente africana.

Una liturgia no es solo una forma de celebrar, sino que es la expresión de una fe y de una relación con el misterio de Dios. Está ligada al sentido de lo sagrado que impregna todo, incluso el jardín alrededor de las iglesias cuyos árboles no se pueden cortar, convirtiéndolos en un sugerente lugar de descanso, acogida y esperanza. Mi encuentro con la liturgia etíope se caracterizó por un profundo

MARIOLINA CATTANEO

respeto, por una apertura de la mirada a la dimensión de lo sagrado y del misterio vivido y celebrado. Las liturgias se cantan en Ge'ez, el lenguaje litúrgico, formando un diálogo entre los celebrantes y la asamblea, basado en melodías que se remontan a **Yared**, una figura legendaria que desarrolló la música sacra a partir de revelaciones recibidas del cielo. A cada momento se acompaña un gesto ritual rico en simbolismo y colorido.

Cada participante en la liturgia tiene derecho a acercarse a Dios si bien es consciente de su propia realidad de pecado lo que



Il donde planteó el problema de la liturgia y fue escuchado”.

El cardenal Malula, en el año 58, aseguró que los africanos conocían al Dios cristiano antes incluso que llegasen los misioneros, ¿qué quiso decir?

Porque rezaban a un solo Dios, no a los dioses ni a la luna ni a los árboles. A través de la grandeza de la naturaleza vieron el poder de Dios. Si un árbol tiene tantas ramas que nos da frescor y descanso, ¿cuán grande puede ser Dios que lo creó? En nuestras oraciones tradicionales Dios es llamado Padre creador. Y esto antes de la evangelización. No hablaban de Jesús, del Espíritu Santo, sino de un ser mayor que daba vida a todo lo que existe.

¿Qué papel tiene la mujer en la espiritualidad africana?

En la sociedad africana tradicional, las mujeres eran consideradas como las guardianas de la tradición, las educadoras, las madres y, sobre todo, desempeñaban un papel religioso reconocido por los hombres. La mujer es la que preserva, la que vela. Mi clan, los Kete, de la zona de Mueka, por ejemplo, es matriarcal. El poder de mando espiritual y cultural lo tiene la mujer, quien lo ejerce dando consejos a hermanos y primos. Los hombres son los “portavoces”, hablan en público, pero hablan de las ideas de la mujer.

¿Cómo ejerce este poder matriarcal?

Como religiosa soy un punto de referencia para muchas personas, no solo de mi propia familia, sino, sobre todo, porque me he consagrado para el pueblo de Dios, no solo para mi propia familia.

¿Cómo es la participación femenina en el rito?

Las mujeres sirven en el altar y cantan en la procesión. Los chicos y chicas sirven con el sacerdote. Las parroquias siguen adelante con la participación activa de las mujeres, como en todo el mundo. Es una liturgia que considera a la persona por completo.

La religión de los antepasados, ¿cómo se mezcla con la cristiana? ¿Los antepasados femeninos tienen un papel especial?

La celebración de la misa de rito congoleño tiene una estructura distinta. Al comienzo de la celebración, se invoca a los antepasados que son “rectos de corazón” junto con los santos para establecer también la comunión entre la Iglesia terrena

y la comunidad celestial. Invocamos la intervención de los antepasados porque creemos que los muertos viven con nosotros, participan de nuestra vida y nos acompañan. Son personas que me amaron cuando estaban en esta tierra y que aun en el más allá me siguen amando. Es la comunión de los santos.

Usted ha denunciado muchas veces las condiciones violentas a las que están sometidas las mujeres africanas, también en la Iglesia.

No es una denuncia que pretenda encender ninguna polémica. Cuando hay algo que no funciona, se tiene que hablar para encontrar una solución. La Iglesia es madre de todos. Un niño no puede ir a denunciar a su madre, sino a pedirle ayuda.

¿Ha funcionado?

Claro, la Iglesia como madre ha respondido de muchas maneras. Ahora hay muchas hermanas que hacen el doctorado y también hay muchas becas para ellas.

Ha recorrido un importante camino como mujer, como religiosa y como religiosa africana.

¿Qué diría a sus hermanas?

Siempre les digo y les repito que no cuenten tanto con los demás como con ellas mismas. Cada mujer, con estudios o sin ellos, debe definirse a partir de sí misma, no de otra persona. Debe ser capaz de justificar las propias ideas, los síes y los noes. Tenemos que colaborar con los hombres, y también con otras mujeres. Este es el camino que trato de promover y alentar. Necesitamos poner los pies en la tierra, aprender lo que no sabemos y no delegar en los demás.



le lleva a buscar una posición diferente en la asamblea, incluso físicamente. Todos tienen acceso a la protección divina, tanto los que están en el umbral de la Iglesia, o fuera de la valla, los que se sienten pecadores ante el gran misterio de Dios. He redescubierto una cercanía a Dios, —hecha de misterio y no de comprensión, hecha de corazón y emociones y no de racionalidad—, que surge de una celebración comunitaria, no dejada al celebrante sino como un trabajo en el que todos participamos con nuestros distintos papeles.

Una liturgia llena de símbolos, como el Jueves Santo, cuando los sacerdotes lavan los pies con

hojas de parra a todos los participantes en la liturgia, uniendo los símbolos eucarísticos al lavatorio de los pies. Cada momento está ligado a oraciones concretas y gestos, tanto de la asamblea como de los sacerdotes. Las mujeres no tienen acceso al presbiterio, como todos los que no son ordenados, pero la participación

no es menor por ello, al contrario, son precisamente las mujeres que, con sus vestidos de fiesta y sus mantones blancos (netala), representan a la mayoría de los participantes en la esperanza de una vida y un futuro mejor. Entre ellas, he encontrado más de una vez acogida, consejo y generosidad, pero he percibido

su fe profunda, sencilla, un poco mágica, y, sin duda, duradera.

Todo el mundo cristiano etíope se mueve en torno a la fe. Las celebraciones son momentos de celebración y de familia y la iglesia es un espacio comunitario porque la celebración pertenece a la comunidad y porque nos dirigimos juntos a Dios, a Él al que llamamos el Dios amante de la humanidad. Se proclama la liturgia eucarística como “poder y salvación, memorial de tu muerte y contigo. Y hemos visto el misterio de tu santa resurrección. Haznos herederos de la vida. Por ella, mantennos en esta hora en todo momento” (del Misal Etíope).

Amazonía, el lugar donde las mujeres hacen Iglesia

LUCIA CAPUZZI

Tan invisibles como imprescindibles”. Estos son los dos adjetivos con los que la Asamblea Eclesial de América Latina, resumió la condición de la mujer en la Iglesia del Continente. Los números confirman el papel fundacional del componente femenino: hay más de 600.000 catequistas y las agentes de pastoral dedicadas únicamente al campo educativo se acercan al millón. Sin embargo, la vida cotidiana refleja cuán las mujeres laicas y religiosas están todavía relegadas a la periferia eclesial. La Asamblea pidió entonces enérgicamente “incluir a las mujeres de una vez por todas en la liturgia, en la toma de decisiones y en la teología”.

A pesar de la riqueza de la reflexión teológica feminista y femenina, el ámbito litúrgico es aquel en el que la presencia de la mujer se ha hecho más significativa. En la liturgia además se revela plásticamente el proceso de encarnación del Concilio en la inmensa región entre el Río Bravo y Tierra del Fuego que han emprendido sus obispos desde la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano de Medellín en 1968. Los dos pilares de la renovación son la inculturación de ritos y prácticas y el dinamismo femenino. Más que un proyecto codificado fue una respuesta a la realidad latinoamericana. En el Continente, los indígenas son el 8 por ciento de los habitantes, los afroamericanos el 20 por ciento y prácticamente todos son resultado del mestizaje de etnias, pueblos y culturas posterior al Descubrimiento. Con una media de más de 5.500 fieles por sacerdote, casi el triple que en Europa, son los laicos y, sobre todo, las laicas quienes llevan adelante las comunidades cristianas para las que la Eucaristía dominical tiene una importancia crucial. Dado que los sacerdotes son escasos, la misa a menudo se reemplaza por la celebración de la Palabra.

“En los pueblos de Belém do Alto Solimões hay muchas ministras. Y son ellas las que presiden la liturgia, desde la señal inicial de la cruz hasta la despedida final. Incluso cuando consigo ir a celebrar, dejo que guíen ellas y pronuncien la homilía. Yo

La aportación femenina activa una renovación continental

me limito a la consagración eucarística”, explica fray **Paolo Maria Braghini**, misionero capuchino italiano desde hace casi veinte años en la Amazonía brasileña, un lugar donde el peso laical en la transmisión y cuidado de la fe católica es determinante. “Es bonito que los fieles sean protagonistas. En este caso las fieles, dado que los agentes de pastoral son fundamentales. No solo por el gran número. Son dinámicas, fuertes, creativas y resistentes. Es justo que tengan el reconocimiento que ahora están teniendo”, destaca el religioso. El punto de inflexión fue el Sínodo sobre la Amazonía celebrado en octubre de 2019 y que culminó con Querida Amazonia. Ya el documento final, asumido por la exhortación, pedía la revisión del *motu proprio Ministeria quaedam* para que las mujeres pudieran acceder a los ministerios de lectora y acólita. Una invitación que el pontífice aceptó en enero de 2021.

Lectoras y acólitas

Dos mujeres amazónicas, las ecuatorianas **Aurea Imerda Santi** y **Susana Martina Santi**, del pueblo quechua, fueron las primeras lectoras oficiales y acólitas de la Iglesia Católica. “Fue un hermoso regalo. Entre nosotros, los Ticuna, siempre han sido las mujeres las que han mantenido la fe católica. Y ahora sentimos que la Iglesia nos reconoce y valora”, dice **Magnolia Parente**

Arámbula, indígena y misionera de Nazaré, en la Amazonía colombiana. Un pueblo de 1.017 habitantes sobre el que gravita una galaxia de comunidades satélite de unas decenas de personas a las que, desde hace diez años, Magnolia se encarga de evangelizar. “La que está siendo evangelizada soy yo en realidad”, añade.

La liturgia ticuna tiene rasgos marcadamente femeninos. “Sobre todo en los funerales y en la vigilia que los precede, son las mujeres las que dirigen las oraciones y los cantos. En cuanto a la Eucaristía, a los fieles se les encomienda el ofertorio en el que traen su trabajo como ofrenda al Señor representado por pequeñas artesanías o productos agrícolas. En los “tiempos fuertes” del año litúrgico, como Navidad y Semana Santa, muchos de los ritos son celebrados por mujeres”. No es fácil hablar de “liturgia amazónica”. La selva es el hogar de 400 culturas y lenguas diferentes con sus distintas concepciones de la vida y de la fe. Y, por tanto, con distintas formas de “entrar en la mirada que Dios tiene sobre nosotros”, como definió **Romano Guardini** a la liturgia. La Conferencia Eclesial de la Amazonía (CEAMA), fruto del camino postsinodal, ha iniciado desde 2020 un proceso de estudio profundo para encontrar un denominador común significativo para todos los pueblos originarios de la región. La base real y no



meramente teórica para la elaboración de un rito amazónico que pudiera sumarse a los otros 23 que componen la catolicidad.

“Rito no significa solo celebraciones. Abarca hábitos, costumbres, visiones cosmológicas y antropológicas. Por eso no podemos tener prisa. El primer paso ha sido formar una comisión de obispos, antropólogos y pastores y empezar a trabajar en el asunto. El análisis ha partido de Manaus, en Brasil, el corazón de la Amazonía. Después continuará en las diócesis antes de poder pensar algo que proponer ad experimentum”, explica **Eugenio Coter**, un italiano que se mudó a Pando, Bolivia, donde es vicario apostólico y representante de los obispos amazónicos en la presidencia de la CEAMA. El modelo es el del rito congoleño. Lo mismo que inspiró al episcopado mexicano que, en la última asamblea general, decidió presentar a la Santa Sede la propuesta de incluir en la misa algunos rituales propios de la cultura maya. La idea fue formulada por la diócesis de San Cristóbal de las Casas, en Chiapas, donde más del 70 por ciento de la población es indígena. Sugieren 3 aportaciones: una oración inicial dirigida por el principal, un laico indígena de fe madura cuya autoridad es reconocida por la comunidad; un baile típico después de la comunión; y el servicio de las “incensadoras” para marcar el ritmo de la celebración. “Es principalmente un papel femenino. Incluirla de manera oficial es un pequeño reconocimiento a la acción evangélica que da vida a nuestras comunidades”, concluye el cardenal Felipe Arizmendi, uno de los impulsores de la misa maya. Casi sesenta años después, la inculturación y la puesta en valor de la mujer son los dos caminos por los que el continente sigue recorriendo los caminos del Concilio.



Aurea y Susana, las primeras indígenas “ministras”, todo un hito

LUCIA CAPUZZI

La vida de **Aurea** no ha cambiado. Esta chica de 32 años, de cabello negro largo y brillante como el de las mujeres quechuas, sigue recorriendo los diminutos pueblos de la zona de Montalvo, en el corazón de la Amazonía ecuatoriana, para llevar los sacramentos, celebrar la Palabra, enseñar el catecismo y animar grupos de oración y formación. El 22 de junio de 2021 supuso un punto de inflexión en su vida. “Cuando el obispo me impuso las manos encima, fue muy fuerte. Me sentí llamado a dar testimonio del Sumakawsay, la Buena Noticia del Evangelio”, recuerda.

Ese día, la indígena **Aurea Imerda Santi** de la comunidad de Boveras, a una hora de avión de Puyo, la ciudad más cercana, recibía junto a su vecina **Susana Martina Santi** el ministerio de lectora y acólita de manos del vicario apostólico **Rafael Cob**. Las dos primeras “ministras” de la Iglesia Católica surgidas con el *motu proprio* con el que el pasado mes de enero el Papa **Francisco** modificó el canon 230 del Código de Derecho Canónico y abrió esta posibilidad a las mujeres. Un sueño hecho realidad para Aurea y Susana.

“El ministerio representó un hito. Ha renovado y fortalecido mi fe. Siento el respeto y la confianza de la comunidad. Y la responsabilidad hacia ellos. Quiero ser mejor cristiana para mis hermanos y hermanas, dice Aurea por carta, una hoja que pasó de mano en mano hasta Italia

porque en su zona no hay teléfonos móviles y no llega Internet. “El compromiso es el de siempre, pero lo vivo de una manera más profunda”, indica Susana, de 50 años, casada con **Franklin** y madre de **Andrés**, quienes también son ministros. “No es fácil llegar a estos pueblos. Están lejos y me toca viajar durante varios días, pero vale la pena, la gente espera con ansia los Sacramentos y la liturgia”, explica.

Pastoras laicas

En la Amazonía, donde los sacerdotes escasean y el territorio es enorme, han sido los laicos y, sobre todo, las laicas quienes llevan a cabo gran parte de la labor pastoral. Todo lo que no sea del ámbito exclusivo del ministerio sacerdotal está en sus manos. Para tener una formación adecuada, Aurea y Susana estudiaron durante tres años en el Centro de Formación Intercultural de Runa (CEFIR), una escuela indígena regional de nivel superior en lengua quechua. “Fue una experiencia maravillosa. Seguí los cursos codo con codo con personas de distintos pueblos originarios. Me animó a dedicarme a la misión con todo mi corazón”, asegura Aurea. Hasta el *motu proprio* de Francisco, el compromiso de las mujeres no podía ser reconocido oficialmente. “Es un paso más en la construcción de una Iglesia con rostro amazónico. Una Iglesia en la que la mujer sea el pilar. Ahora lo soy por completo”, concluye Susana.





La liturgia es como un beso

MORENA BALDACCI

Eesar a alguien, besar un objeto, abrazarse o intercambiar un beso son ritos que nos acompañan en nuestra vida cotidiana y también en nuestra celebración cristiana. Por ser un gesto con una fuerte implicación relacional, en la liturgia se reserva en ocasiones particulares, es decir, se besa para señalar la presencia de Cristo en sus principales signos sacramentales: el altar y el Evangelio. El beso se asocia siempre al gesto de veneración y suele ir acompañado de un silencio o de una oración susurrada al corazón. Solo en segunda instancia este gesto se extiende a la presencia de Dios en los hermanos en el beso de la paz. Todos los demás besos de devoción, dirigidos a imágenes y objetos sagrados (como la cruz, la estola, las estatuas, las reliquias, etc.) son una extensión. Besar es un gesto de fuerte valor simbólico y de intensa implicación interior de tal suerte que una multiplicación excesiva le resta valor.

La reforma litúrgica del Concilio Vaticano II hizo que se reservara exclusivamente a los dos momentos culminantes de la celebración eucarística: el beso del Evangelio, la cumbre de la Liturgia de la Palabra; y el beso del altar, centro y culminación de toda la celebración eucarística. El rito prevé el beso del altar en la dinámica del saludo (**ritos de entrada**) y de la despedida (**ritos de conclusión**), como para unir en una sola acción el saludo a Cristo con su propio cuerpo que es la Iglesia. El beso, tan profundamente ligado a la boca y al

Una teóloga reclama celebraciones cercanas y acogedoras

simbolismo de la alimentación, tiene un significado iniciático y eucarístico particular en la liturgia. Así como es un prelude de la relación sexual, es el momento de mayor implicación del bautizado: la celebración eucarística. La boca representa ese umbral entre el exterior y el interior, el entrar y el salir, donde la lengua media.

En la liturgia el beso se convierte en guardián de los umbrales, invita a entrar y acompaña a la salida. En el rito del Bautismo la boca se convierte en protagonista de una iniciación a través del rito de *Effetá* (*¡Ábrete!*). Un gesto iniciático que todo bautizado está llamado a revivir cada día a través del santo toque de los dedos en el rito de invocación de la Liturgia de las Horas (Señor, abre mis labios. Y mi boca proclamará tu alabanza). Un gesto, un toque, una percepción, antesala de una satisfacción y saciedad que solo la Eucaristía sabe saciar y al mismo tiempo encender nuevos deseos.

El juego del deseo

Tenemos que preguntarnos: ¿por qué la liturgia es tan sobria en materia de besos?

La respuesta hay que buscarla en la naturaleza misma de la celebración litúrgica llamada a nutrir, encender y sostener el tiempo de la presencia/ausencia del Resucitado. El juego del deseo pertenece a la dimensión propiamente teológica de la liturgia: tocar sin contenerse, saborear sin saciarse, asomarse bajo el velo de los símbolos e intuir sin suponer nunca haber

comprendido. De ahí la predilección por estimular los sentidos en la modestia y la sobriedad (*En Él gustamos sobrios la embriaguez del Espíritu, canta un antiguo himno litúrgico*). La liturgia no se apropia del Misterio: lo acerca y lo da con generosidad para que sea creído, comprendido, para hacer sentir que, en su familiaridad con nosotros, permanece inaccesible.

En la liturgia el beso es un aperitivo. El discípulo está llamado a vencer el deseo de poseer la presencia del Maestro, como le sucedió a la hemorroisa que sostiene en sus manos el manto de **Jesús** (Mc 5, 28-30) o como a **María Magdalena** en la tumba vacía (Juan 20,17). Un beso y un abrazo que, tras la resurrección, se convierte en advertencia y espera: *Noli me tangere*, no me detengas, o más bien, *Noli me osculare*. Después de la resurrección, el discípulo amado ya no podrá encontrar al Maestro y tenerlo cerca de sí, sino que será invitado a seguir vagando, volviendo a donde todo empezó en Galilea (Mateo 28,7) el lugar de la primera mirada de amor.

El lenguaje ritual es el lugar de este juego de alternancias: un continuo ir y volver a Galilea, un espacio en el que celebrar la dinámica entre separación y conjunción con Dios, distancia y cercanía, alteridad e intimidad, en la continua fluctuación entre el poder de Dios y el deseo del hombre. Lo que lo mueve es el deseo y lo que lo destruye es la distancia. Toda la lógica ritual se mueve al compás de esta danza sagrada, hecha de toques que iluminan y

laceran las distancias. En la liturgia, el beso es domesticado y redimido de la tentación de la codicia, pero, al tiempo, anuncia y celebra una realidad ya habitada: una comunión de respiro, de boca, llamada a gustar y alabar con una sola voz que “el ¡Señor ha resucitado!”. ¿No es este el gesto que hará posible la confesión del Nombre? El soplo, el respiro de la boca de Jesús que da vida y devuelve el alma a la comunidad de discípulos asustados dentro de un cuarto asfixiante (Juan 20, 22).

El soplo de Jesús se convierte así en la imagen de ese espacio-tiempo en el que entre la boca de Jesús y la boca de los discípulos se dilata la espera y el deseo de su regreso. Un tiempo de abrazos y besos dados y recibidos, tal como canta la boca de la novia en el Cantar de los Cantares: “Bésame con los besos de su boca” (Cnt 1,1). No se debe olvidar que el beso es un preludio del acto de amor, por lo tanto, del ser de todos nosotros, de nuestro nacimiento, vida y muerte. Y si en los cuentos de hadas el beso es capaz de devolver la vida, de romper maleficios o de transformar sapos en príncipes, ¡incluso en la realidad el beso es prenda segura de esperanza y transformación! En el poema del fraile **David María Turolido**, el beso narra el drama de la lucha entre la muerte y la vida, el aliento dado y el aliento quitado:

*Me besas con los besos... pero es con el beso
Que Él recobra el aliento
el respiro que pasa de boca a boca
te convierte en “persona vivens” allí arriba...
Desde ahí comienza
la gran competición
Y muerte con amor convive.
Tú solo tienes una elección:
respirar su aliento
con la misma pasión...*

La celebración litúrgica debe volver a ser un lugar agradable en el que experimentar la sobria embriaguez del Espíritu. Seriedad y alegría, verdad y belleza, comprensión e imaginación y meditación y excitación, todos estos componentes del ser humano deben poder encontrar su justo espacio y equilibrio en el ritual. Si en el pasado hubo prácticas de piedad apasionadas y extraordinariamente emocionales, hoy nuestras liturgias parecen desdeñar todas las formas emocionales o bien se abandonan a un desenfreno desenfrenado. La liturgia se convierte en maestra y guía de los afectos: los alimenta y al mismo tiempo los contiene, los ilumina y purifica, los alumbraba y los eleva, conserva esa delicada frontera entre la exteriorización y la reserva, educando así en el justo respeto a la intimidad.

La liturgia es como un beso...

El día que prediqué

Una historiadora explica su experiencia en un púlpito

CRISTINA SIMONELLI

No está hoy la otra?”, la pregunta de una anciana a uno de los sacerdotes de la parroquia nos viene perfecta para abrir este relato en el que además hay un poco de reflexión. La señora, con su pregunta casual, desmonta con gran naturalidad una montaña de escritos y libros dirigidos al pueblo cristiano que pretenden justificar el rechazo a que las mujeres ocupen puestos de relevancia, para empezar en la liturgia, so pretexto de que “la gente no quiere”. Lo que quiero contar sucede en una fiesta de la **Inmaculada** hace muchos años, en una parroquia de ciudad donde me encontraba con motivo de un evento. Dos sacerdotes, muy buenas personas, me pidieron que pronunciara la homilía de una misa a la que asistía un gran número de fieles. La verdad es que no acepté en un primer momento, un poco por pereza y un poco porque prefería reservarme para la conferencia que iba a pronunciar. No fue algo transgresor porque el sacerdote introdujo mi intervención, pero en realidad yo pronuncié la verdadera homilía, sin pena ni gloria. Dos días después era domingo, yo ya no estaba allí, pero entre los parroquianos que aparentemente se mostraron indiferentes a mi intervención, alguno pregunto dónde estaba y por qué no podía desempeñar ese servicio de la Palabra.

Me encanta recordar este hecho simple y a la vez extraordinariamente elocuente por lo ordinariamente qué se dio. Otra cosa fue la experiencia de Regalbuto ya que no sucedió de manera tan espontánea. Por deseo del arcipreste, desde hace muchos años hombres y mujeres predicaban al pueblo sobre las Siete Palabras de Cristo en la Cruz. La de las Siete Palabras es una tradición antigua, una narración evangélica predicada hasta con música. Regalbuto ha mantenido esta costumbre

y cada Viernes Santo en el pueblo la parroquia, las calles y las plazas se engalan para un rito que es casi una coreografía sagrada. Es una celebración si bien sus símbolos no son solo los austeros de la liturgia. Sale en procesión además las hermandades con sus pasos de Cristo y la Virgen reviviendo los eventos de la Pasión del Señor.

En este contexto se procede a la proclamación de las Siete Palabras en el templo precedidas de una breve introducción y con una predicación. Todos acompañan en procesión al paso de la Virgen María por las calles de la ciudad hasta el lugar donde se ha preparado el sepulcro de Cristo. Después se regresa a la iglesia y se escucha la última predicación. Muchas de mis compañeras teólogas han participado en estas predicaciones. Así, en 2017 me encontré en esta celebración solemne introduciendo el recorrido con estas palabras: “Hasta esta iglesia se viene desde tiempos inmemoriales con el recuerdo de quien nos ha precedido y con la esperanza de transmitir todo esto a hijos e hijas y a cualquiera que llegue a estas hermosas tierras. Aquí viene gente desde tiempos inmemoriales, no solo a esta comunidad eclesial, sino a todo y todos los que habitan en este pueblo: desde los que van todos los días a la iglesia, pasando por los que lo hacen a veces, hasta los que solo lo hacen en días como hoy. Bienvenidos, estáis en vuestra casa. Todos tenemos un sitio en la Pasión del Hijo del Hombre. Tiene una palabra y un silencio para todos. Es espacioso el vientre del mundo: hoy la fiesta y el dolor de todos se reúnen en una pasión, en una vida que se da, en siete palabras y en los espacios que las unen”.

Todavía llevo ese eco en mí, esos rostros, los pasos, las palabras. El espacio interior íntimo, la angostura de las calles y la amplísima de la plaza. Mis palabras al servicio de la Palabra, tratando de hacerla pan de sentido para todos, alzándose para llegar a todos mientras modulaba temas y sonidos para darle cuerpo sin cargarla. La forma ordinaria de la primera experiencia mencionada y la extraordinaria de Regalbuto tienen mucho en común y cualquiera que predique, ya sea un sacerdote, un pastor o una pastora, un laico o una laica, reconocerá estas características.





Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente

     www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento